Agustín reconoce el valor de la oración intercesora de su madre como medio para su conversión. Dice: *“…tu sierva fiel lloró por mí más de lo que suelen todas las madres llorar los funerales corpóreos de sus hijos. Ella lloraba por mi muerte espiritual con la fe que tú le habías dado, y tu escuchaste su clamor. La oíste cuando ella con sus lágrimas regaba la tierra ante tus ojos; ella oraba por mi en todas partes, y tu oíste su plegaria”*.

Yo tenía once años. Vivíamos en una casa de labranza, muy grande, en el Oeste de Texas. Todavía teníamos cerca a los indios pieles rojas, y todavía alguna que otra vez veíamos ante nosotros algún búfalo y uno que otro alce. Una tarde me hallaba en el patio, jugando, cuando mi madre me llamó a su lado. Teníamos una sola puerta y una sola ventana en la casa. Allí, junto a ésta, la hallé sentada en una sillita. Yo me senté a sus pies en un taburete, mis manos apoyadas en sus rodillas, sobre el delantal de algodón casero.

Y ella, por primera vez, me contó la historia de Jesús el Salvador de mi alma. Y supe de su maravilloso nacimiento de la Virgen María, de su vida, palabras, muerte vicaria y resurrección. Y yo sentí mi convicción de pecado, y me confié a la misericordia de Cristo, y allí mismo sentí mi salvación. ¡Oh, cómo he bendecido a Dios por la vida de mi madre cristiana!—**L. R. Scarborough.**

\* *L. R. Scarborough llegó a ser un famoso predicador bautista, escritor de libros sobre evangelización y de muchos artículos referentes a varios asuntos bíblicos, y Presidente del Seminario Teológico Bautista del Sudoeste, en Fort Worth, Texas.* — N. del E.